

Intercambios violentos

MALCOLM DEAS

EDITORIAL TAURUS: BOGOTÁ, 1999

reseñas

Es estimulante leer y comentar, aunque sea someramente, un texto tan sugerente como *Intercambios violentos* de Malcolm Deas, una de cuyas versiones previas fue publicada en inglés en la compilación hecha por David Apter, *The Legitimation of Violence* (Mc Millan Press: Londres, 1997). Se trata de un ensayo novedoso y cosmopolita que pone especial énfasis en comparar a Colombia con otros casos de violencia política en el mundo. Es también un texto paradójico en muchos sentidos.

Se inicia con una frase que pretende poner en entredicho algo que los colombianos hemos convertido en un lugar común, que Colombia es el país más violento de la tierra. Para comenzar Malcolm Deas nos dice: *Colombia ha sido, a veces, un país violento*, argumento que intenta romper con la tautología de Colombia como un país sostenida y continuamente violento y cuya violencia se explica a sí misma por su persistencia. El ejercicio de relativizar la percepción que los colombianos tenemos de nuestra propia violencia es saludable, porque introduce matices a una metanarrativa en blanco y negro que hemos construido y que ha terminado por hundirnos en la desesperanza. De acuerdo con el autor, sí, Colombia es un país en ocasiones muy violento, pero las magnitudes y expresiones de la violencia colombiana no son tan diferentes a las de Italia, Perú o Irlanda del Norte, entre otros casos.

También dice el autor que Colombia es un país de *verdaderas pequeñas guerras*, un país que en el siglo XIX era pobre, cuyo armamento era primitivo, y donde la población vivía dispersa lo que hacía difícil congregarse para una batalla. Esta última palabra da la pista para suponer que a un ciudadano británico le es difícil concebir que las pequeñas guerras puedan ser más mortíferas que las verdaderas batallas; ¿sin embargo, el conflicto entre los católicos irlandeses y los súbditos de la corona británica en Irlanda del Norte no es, acaso, un conflicto político que también se expresa bajo la forma de verdaderas pequeñas guerras? La diferencia entre uno y otro es definitivamente de escala. Las pequeñas guerras colombianas dejan 28.000 muertos anuales, mientras que el conflicto en Irlanda del Norte ha dejado un poco más de 3.000 muertos en los últimos treinta años. En Colombia se trata, de intercambios violentos cuya sumatoria arroja índices superlativos de muertos.

Quisiera llamar la atención acerca de la importancia que el autor otorga al papel que juegan las rivalidades en la violencia política colombiana, una nación que, como dice el profesor Deas, se caracteriza por una confrontación entre iguales o casi iguales. Colombianos contra colombianos, sin que en dicho enfrentamiento medien identidades étnicas antagónicas, ni posiciones religiosas

incompatibles o irreconciliables, como sí ocurre en otras partes del mundo. Es la violencia contra los rivales, más que contra el Estado, lo que caracterizó la violencia bipartidista a lo largo del siglo XIX y la primera mitad del presente siglo, y es un acierto que el autor llame la atención sobre ello. Sin embargo, aquí quisiera hacer un comentario para reforzar la tesis de la discontinuidad de la violencia. Hay una ruptura en la lógica de las rivalidades políticas bipartidistas que tiene lugar cuando comienzan a conformarse las identidades colectivas influenciadas por el comunismo en algunas zonas rurales. No es sino recordar el conflicto entre campesinos liberales o "limpios" y campesinos comunistas o "comunes" en el sur del Tolima a raíz de la amnistía decretada por el general Rojas Pinilla. Fueron campesinos como Charronegro y el mayor Lister, por mencionar a dos de ellos, quienes rompieron con la tradición de odios partidistas, que arrastraban aliados liberales como Mariachi y los Loaiza, y que era mirada con mucha sospecha por parte de Charronegro. Esa contienda fue quizá, la última expresión de la guerra entre iguales, pues las guerrillas marxistas definirán un enemigo que rompe definitivamente con la tradición bipartidista e instaura una nueva forma de definir al contendor.

Interesantes las apreciaciones que hace el profesor Deas acerca de las filiaciones partidistas en Ir-

landa del Norte y la comparación que establece con Colombia. Uno se pregunta si la política en Colombia no estará jugando el papel que juegan otras adscripciones, como la étnica o la religiosa en conflictos como el del Medio Oriente o el de la antigua Yugoslavia, por ejemplo. Una política que, según el autor, no se deja reducir a ningún otro componente que no sea la política por la política, produciendo una sobresaturación de la vida social. Como dice el profesor Gonzalo Sánchez, en Irlanda del Norte la Religión opera como Política y en Colombia la Política opera como Religión.

Pero la parte más interesante del libro tiene que ver con la lectura que hace Malcolm Deas de las historias locales y de la tradición oral que han recogido numerosos investigadores colombianos durante los últimos años, entre los cuales se mencionan a Molano y a Alape. No deja de sorprender que sea precisamente un historiador el que reivindique y valore este tipo de narrativas que generalmente son vistas con mucho recelo por parte de sus colegas. Leyendo esas historias, Deas reconstruye, con unas cuantas pinceladas, una historia de la cultura y del pensar de los protagonistas de la violencia, delineando los contornos de un sentido común que se va fraguando sobre la marcha de los hechos. Como parte de esa caracterización, el autor revisa las lecturas preferidas por los protagonistas de la violencia y entre ellos menciona al comandante de las FARC cuestionando, de paso, qué tan acertado resulta considerarlo campesino. ¿En qué campesinos estaría pensando el autor del libro cuando se niega a considerar a Manuel Marulanda como uno de ellos, alegando que se trata del *hijo de un pequeño propietario que ensayó con éxito*

el comercio rural, comprando y vendiendo productos agrícolas, incluido el café? ¿Le resultará demasiado cosmopolita el personaje, demasiado letrado para entrar en esa categoría? ¿Estará pensando en el saco de papas del que hablaba Marx cuando se refería a los campesinos franceses?

En el texto resulta menos convincente la argumentación acerca de las solidaridades que existieron entre liberales y conservadores, aun durante los años que duró la Violencia. Es posible que, como lo afirma el autor, los comunistas distinguieran entre "liberales de avanzada", "liberales oligarcas" y "liberales tradicionales", pero resulta muy dudoso que los liberales hicieran lo mismo con los comunistas. Introducir matices en la polarización entre liberales y chulavitas durante los años que duró la guerra es ir demasiado lejos en el afán de relativizar. Los hechos sangrientos y la lectura de los expedientes judiciales de la época confirman que la polarización entre liberales y conservadores no dejó ningún lugar a representaciones matizadas del contendor político.

Para finalizar, quisiera detenerme en lo que dice Malcolm Deas respecto a la narrativa fundacional de las FARC y a la estrategia de organizar marchas como expresión de su lucha política. El autor sugiere una cierta apelación al martirio y a la épica en este tipo de manifestaciones, y aquí resulta imposible no hacer una comparación con dos rasgos culturales que caracterizan el conflicto en Irlanda del Norte. Por un lado, estaría el culto reiterado que los militantes del Ejército Republicano Irlandés, IRA, le rinden a sus mártires y el recuento continuo que hacen de sus hazañas. Aunque las guerrillas colombianas rinden culto a sus mártires bau-

tizando los frentes, como lo hacen el ELN y el EPL, o las columnas, como lo hacen las FARC, con los nombres de los comandantes muertos, estos cultos nunca llegan a tener la importancia que tienen para los irlandeses. Por otro lado, sería interesante comparar a fondo las marchas que organizan los miembros protestantes de la Orden Naranja de Ulster por las calles de Belfast, con las marchas protagonizadas o al menos auspiciadas por las FARC en Colombia.

Una última consideración. La preferencia que el autor manifiesta tener a lo largo del libro por el M-19 puede deberse a que le resulta más familiar un grupo armado que tiene marcados acentos urbanos. Sin embargo, sus apreciaciones sobre las FARC son sugestivas y abren nuevas vías de interpretación. Dice el autor, al referirse a los últimos tiempos del M-19, que este grupo fracasó en el intento de diferenciarse de los demás protagonistas de la violencia al recurrir al terror y al exterminio colectivo. Deas ha debido ampliar su comentario a los demás grupos insurgentes, sobre todo a las FARC y al ELN, que para desgracia de todos los colombianos no han sabido diferenciarse en sus prácticas de los narcotraficantes y de la delincuencia organizada. Es allí donde se echa de menos a personajes como el comandante Marcos, de Chiapas, quien ha sabido mantener una estrategia de comunicación que es coherente con los objetivos que persigue el movimiento zapatista. Al fin y al cabo, como dice Malcolm Deas, *la violencia tiene sus puntos flacos como medio de comunicación, mucho más cuanto más común sea la violencia*.

MARÍA VICTORIA URIBE. Instituto Colombiano de Antropología.